CAPITULO IX.

Trajo el viento las nubes, y descargaron éstas sus mares de agua dulce. Pero á los dos dias la lluvia habia pasado, dejando la campiña tan hermosa y tan fresca como una odalisca que acaba de salir de un perfumado baño.

Tratábase de ir á comer al dia siguiente á una de las haciendas de la Asistenta, á una legua de distancia del pueblo.

La señora se hallaba en su cuarto arreglando á su satisfaccion los preparativos de la romería con Pedro y María.

- -¡Qué contenta está usted, madre!—le dijo Élia, al ver la satisfaccion que demostraba.
- —Sí por cierto, hija mia, que lo estoy, puesto que todos van á tener un buen dia mañana.
 - -¡Qué buena sois... madre!-exclamó Élia.

—¡Mejor sea el año!...—le contestó la señora, pasándole la mano por la cara.

—¿Con que... señora, se matará una ternera? dijo Pedro.

-No, un carnero, -intervino María.

—Una ternera—repuso Pedro—da más de sí; y ya sabe usted que la señora quiere que toda la gente se harte. Somos un ciento; item más los agregados, á los que no se pasa convite ni tampoco se enseña la puerta.

—Tambien sé—respondió María—que yo soy la que he de hacer el menudo para los amos, y que el de carnero es mejor y más tierno que el de ternera.

—No disputarse,—dijo la Asistenta;—mátese un carnero y una ternera.

—Por lo testaruda de esa mujer, — gruñó Pedro, —se va á hacer ese gasto inútil.

-¿Y será la señora ni más rica ni más pobre por un carnero más ó ménos?—opinó María.

—Sentencia de despilfarrados,—objetó Pedro;—muchas gotitas hacen un cirio pascual. ¡Qué largo tira usted, señora rumbosa, con bienes ajenos!

—Siempre estais en pelea, —observó la Asistenta; —una de dos: ó se quieren ustedes mucho, ó no se pueden ver.

—Crea vuecencia esto último, —dijo María, —porque es cierto que nuestros ángeles están de espaldas.

—Señora, — añadió Pedro, — yo soy la carne, y María es el cuchillo. —Y dijo usted bien,—observó María,—de que era usted la carne, porque con la buena vida se ha puesto usted gordo como un sollo. Parece usted un colchon sin bastas, con más cara que el sol de Dios.

—Y usted, —respondió Pedro, —con ese genio maldito que la consume, está tan delgada que parece una parra podada, y más amarilla que los legajos del archivo de Indias.

—¿Por qué no se han casado ustedes?—preguntó la Asistenta.—Así, al ménos de noche, hubiesen hecho las paces.

— Con esa mujer, señora, no hay paces ni de noche ni de dia; apostaria à que en lugar de roncar, regaña.

— Ya he sido casada una vez, — dijo Maria; — pero aunque no lo hubiera sido, mejor hubiese querido quedar para vestir santos y para tranca del infierno, que haber tenido á mi lado semejante pelmazo. ¡Jesus... y qué descansada quedaria su madre el dia que le echó al mundo y se vió libre de él!

—Lo que es por mí, señora,—dijo Pedro,—tambien he sido casado, y no me hubiera vuelto á casar ni con la Princesa de Astúrias, teniendo presente aquel cuento...

—¡Pedro, por Dios, déjenos usted de cuentos! exclamó María.

—Cuenta, cuenta, Pedro, que me divierte,—dijo la Asistenta.

-Pues señor, - prosiguió Pedro, - éranse dos

amigos muy queridos, que se prometieron que el que primero muriese vendria á traerle al otro noticias de cómo le iba por el otro mundo. Casáronse ambos, y el primero que murió cumplió su palabra, y se le apareció al otro. «¿Qué tal te va? le preguntó éste.-Grandemente, contestó el aparecido. Cuando me presenté allá arriba, me dijo San Pedro: ¿Cuál ha sido tu vida?-Señor, respondí, soy un pobre hombre; estaba casado...-No digas más, dijo su mercé: pasa adelante, que todo lo tienes purgado.-Y en la gloria estoy». Con esto desapareció, dejando á su amigo tan satisfecho y consolado. Andando el tiempo, se le murió la mujer; y andando un poco más!, se volvió á casar. Cuando le llegó su hora, y salió de su casa con los piés por delante, se presentó muy cariparejo á San Pedro. «¿Cuál ha sido tu vida? preguntó el Santo:-He sido casado dos veces, contestó muy en sí el recien llegado, dando un paso adelante para colar adentro. Pero el Calvo le dió un llavazo y le dijo: ¡Atras, compadre, que el cielo no se hizo para los tontos».

—¿Quiere usted un recibo, Pedro?—preguntó María.—Más de veinte veces le he oido á usted contar ese cuento, que es más viejo que el modo de andar.

—¿Pues quiere usted uno más nuevo?—le dijo Pedro.

—No, no,—respondió María;—guárdelos usted todos para escabeche.

—Cuenta, Pedro, cuenta, chilindrinero, —dijo la Asistenta.

—Un predicador—relató Pedro—predicaba la Pasion de Cristo. Despues que hubo enumerado todos sus tormentos, preguntó uno de los oyentes: «Padre, ¿fué casado el Señor?—No, hombre, contestó el predicador.—Pues siendo así, dijo el otro, no supo el Señor lo que era padecer».

La Asistenta se echó á reir, y dijo en seguida:

-María no se te olvide que á Clara ni le gustan ni le sientan bien las especias.

-Bien, señora, cuidaré de advertirlo.

—Pedro,—prosiguió la Asistenta,—ten presente que á mis sobrinos les gustan las tortas de las Minimas.

-Ya está eso andado, señora.

-María, acuérdate que á Élia le gusta el budin de naranja, que tú haces como nadie.

-Eso está pasado en cuenta, -dijo María.

-Cuidado, -siguió advirtiendo la señora, -que sean de Castilla los garbanzos, y de Extremadura los chorizos del menudo que tanto gusta á D. Benigno.

-Está bien, señora.

-Pedro, no se te vaya á pasar con tumala cabeza que ese Delgado Narciso no bebe sino vino tinto.

—¡Válgame Dios, señora!—exclamó María.— Ahora va vuecencia á pensar en lo que le guste á ese de las gafas! Que beba vinagre, si no le gusta el vino que acá se gasta! A bien que más dulce ha de ser la bebida que su boca.

—María,—repuso la Asistenta levantándose para irse,—está en mi casa, y basta para que le atienda. ¡No seas gansa en tu vida, mujer de Dios!

—En todos piensa, de todos se acuerda, —dijo María al ver alejarse á su ama, —ménos de sí misma. Si usted, Pedro, no hubiese cuidado del pavo, y yo del dulce de huevos, se quedaba mañana sin los manjares que prefiere.

—María,—contestó el mayordomo,—para la señora hizo Dios un molde, y lo rompió en seguida; porque como ella no ha habido otra ántes, ni habrá

otra despues.

Aparejábanse á la mañana siguiente los borricos en el patio de la hacienda, y á la puerta aumentábase por momentos el corrillo de angelitos que no pertenecian á los buenos. Tenian éstos fundadas sus esperanzas en ver á los caballos sin cola, que habian apellidado los ranos, puesto que ni D. Narciso, ni tú, lector, aunque seas ministro, individuo de la Academia, archimillonario, ó el mismo tipo de la elegancia, ni nadie, escapa á las burlas y dichos de los pilluelos andaluces. Por eso el gran Alejandro Dumas, que llevó su buena parte, confiesa ingenuamente y asombrado que el pueblo español ha hallado medio de burlarse de los franceses, á pesar de ser éstos el maligno pueblo que inventó el vaudeville, que es la zarzuela de allende los Pirineos. ¡Pobre

del que lo toma á lo heroico como D. Narciso, y no se rie como la condesa y Cárlos!

Pero no habian de gozar los muchachos de aquel fenómeno; porque la condesa habia mandado traer un elegante silloncito de cordoban encarnado, forrado de suave badana, que puesto sobre una vistosa manta, y con una cabecera cubierta toda de moños, borlas y cascabeles, habia de engalanar, para que lo montase la condesa, un borrico vivo y ligero cuanto cabe. Las otras señoras iban á la pata la llana, pero muy cómodas, en las dos toscas équis que forman unas jamugas.

—¡Ay, Mal-pellejo!—dijo uno de los borriqueros echando sobre su burro, que huia el cuerpo porque el pobre animal tenia una matadura en el lomo, un seron lleno de provisiones.—Parece que no puedes con la carga, que es ligera como corazon de monja, y puedes con la Giralda!

Diciendo esto, le dió tal varazo con esa falta de lástima que tienen en España los hombres en general hácia los animales, que el infeliz borrico se encogió todo por la fuerza del dolor.

—¡Por Dios, no pegue usted así al animalito!— dijo Élia, dolorosamente conmovida.

-No entiende otra parla, -respondió el hombre.

—Es una barbaridad—dijo la Asistenta—el tratar así á los animales que os ganan el pan.

—¡Toma!—repuso el borriquero.—Si hubiera nacido para obispo, echaria bendiciones.

—Pues no quiero que se maltrate así à los burros,—dijo con viveza la Asistenta;—suelta esa vara, si has de venir; y si no, vete, que será lo más corto.

El borriquero, sin responder, se puso á descargar el borrico.

—Señora, —dijo el capataz á la Asistenta, —porque un burro dé una coz, ¿se le ha de cortar la pata? Es ése un infeliz que tiene seis hijos, y lleva una parada larga, y al que el jornal y la comida de hoy venian como pedrada en ojo de boticario.

—Pues bien, que venga,—respondió la señora; pero que suelte la vara.

-Miguel, -dijo el capataz, -vuelve á cargar, que lo dice la señora.

—¡Sí, estás fresco!—respondió el borriquero.— Si no lleva otro que yo esta carga, ya podrá estarse aquí hasta el dia del juicio.

—No seas tonto, Miguel, ni tires coces contra el aguijon, —le sopló al oído el capataz; — diez reales como diez estrellas, y carne y vino hasta tocártelos con el dedo, no es esto de desperdiciar.

—Ni por los catalanes voy, —respondió el borriquero. —A mí no se me dice dos veces que me vaya; con una basta: gano mi pan con honra, ó me paso mis hambres con vergüenza.

Diciendo esto, se montó en su burro, y dándole un furioso varazo, desapareció.

-¿Habráse visto más soberbio bribon?-dijo la

Asistenta.—De buena gana, si pudiese, le mandaba dar una docena de varazos como los que él da á su burro, para que supiese á lo que saben. ¡Judío! ¡Bárbaro! Pero—añadió—no lo han de pagar su mujer y sus hijos; ¡pobrecillos! Mándales un duro, Frasco, y que no sepan que soy yo quien se lo da.

—¡Genuina andaluzada!—dijo con su risita el señor Delgado.—Pobres como Job, soberbios como Tarquino.

—Y eso—dijo la condesa riéndose—que no han leido vuestro querido *Contrato social*, ni les habeis hecho una arenga sobre la *dignidad del hombre*.

—¡Cómo ha de ser!—dijo el capataz, que queria disculpar á su paisano.—Honra y provecho no caben en un saco.

—No hay duda,—exclamó entusiasmada la condesa;—son almas de príncipes bajo paño burdo. Frasco, déle usted media onza de mi parte.

—Señora condesa, eso no es razon, —contestó el capataz con su buen sentido.

Pero ya la condesa montaba en su galan pollino, se reia a carcajadas, y no se acordaba del reciente suceso.

—¡Delgado! ¡Delgado!—exclamaba.—¡Qué brilante figura haria yo así en Longchamp!

Fuéronse acomodando las demas en sus jamugas, llevando cada cual su borriquero á su lado. Los hombres montaron á caballo, ménos D. Narciso y D. Benigno, que eran ambos á dos malos jinetes, y tuvieron que acudir à la archigansa locomocion asnal, como decia el primero.

El dia era hermoso. ¡Qué pocos no lo son en Andalucía! Más alta que nunca aparecia la bóveda del cielo; más clara la atmósfera; con más brillo el sol; más animados los pájaros, y más alegre el campo. Sobre los vallados se erguian inmóviles las pitas como soldados sobre las armas guardando las propiedades; á sus piés y bajo su amparo florecian los geranios y rosas silvestres, las pervincas, las viuditas, las amapolas, miéntras las esparragueras, como buenas madres, rodeaban á sus hijos de espinas para preservarlos de todo contacto. El tomillo, que sólo nace en un suelo árido, prodigaba el perfume que de éste extrae, como para probar que por estéril, seca é ingrata que sea una cosa, hay modo para sacar de ella algun partido dulce y agradable.

Las escenas de la naturaleza hacen profunda impresion en las almas cultas que han ensanchado los límites de sus sensaciones, ó bien en los corazones que han sufrido y gozado, que esperan y se inquietan con vehemencia. Pero para aquellos corazones que no han sufrido ni gozado, para los cuales lo pasado y el porvenir están tranquilos y uniformes, como lo está para un navío en calma el camino andado y el que le queda que andar; para aquellas almas que no han perdido, al amoldarse al gusto y sentir ajeno en el mundo y en los libros, en gracia, vigor y naturalidad lo que hubiesen ganado en al-

ELIA.

tura y elegancia, para ellas estas escenas les agradan y alegran sin conmoverlas. Por dicha suya, estaban todos los que alegremente caminaban, pisando flores y aspirando fragancia, en uno ú otro de los tranquilos estados de ánimo que hemos referido, y seguia cada cual su propio impulso presente.

—¿Tienes muchos hijos, José?—decia la Asistenta á su borriquero, que era primo del capataz, y muy pobre.

-Ocho, señora.

-¡Tal cual!... Y los que vengan.

-¡Y los que vengan!-repitió el pobre con resignacion.

-¿Y los quieres mucho?

—¡Señora, tantos son nacidos, tantos son queridos!

-¿Son varones?

- —Cinco varones y tres hembras, señora; los dos mayores han caido soldados; el tercero es burrero en la hacienda de vuecencia; pero Frasco le quiere despedir porque dice que no hace falta: los dos chicos son porqueros.
- —Vaya, pues ya los varones no te dan ruido, José.
- —Verdad es, señora; pero tres hijas y la madre, cuatro demonios para el padre.

—Si mal no me acuerdo, ¿no te adelanté el año pasado para sembrar un pegujar?

-Sí, señora vuecencia; y si no le he pagado...

-No lo digo por eso, hombre, no lo digo por eso.

—Pues se ageñó, señora; y á un cojumbral que sembré con mi primo Frasco á parcería le entró pringue, se acorcharon los melones, que sólo sirvieron para engordar un cerdo, al que le entró lavado, se hinchó y se murió. Con las ganancias iba á mercar una burra que me daban con convenencia, pero me salió la cuenta fallida, y me quedé mirando al celeste.

-¡Válgame Dios, hombre, nada se te logra!

—Nada, señora; porque en el cielo hay un santo que se llama San Guilindon, que está siempre bailando ante el trono del Señor, y á la par cantando para hacerle más gracia á Su Majestad:

> La cuenta del pobre Que no se le logre!

-Verdad es, hombre, que no es la fortuna para quien la busca, sino para quien la encuentra.

—Pues hay más, señora: en el cojumbral nos sacudieron unas tercianas, que nos han tenido á todos doblados hasta ahora poco; pocos fueron los melones que cogimos. Su Divina Majestad no sabe decir sino ¡Dénle más! «Señor, le dice San Buenaventura: á Fulano, que es rico, le cayó la lotería.—¡Dénle más! dice Su Majestad.—Señor, dice el Santo: á Mengano, que es un infeliz, le han dado de palos.—¡Dénle más! dice Su Majestad». Y no sale de ahí.

—José,—dijo la Asistenta,—de todo lleva cuenta y razon Su Majestad.

—Ya se ve, señora,—contestó el borriquero; pues si no fuera por eso...

-Este año, hombre, la parcería la harémos tú y yo.

—¡Dios se lo pague, señora, se lo dé de gloria, y torne cada melon de los de vuecencia en una talega de onzas!

Don Benigno iba detras de su señora, y con su acostumbrada parsimonia de palabras sólo decia de cuándo en cuándo:

—José, cuidado con ese tronco; José, cuidado que esa loma está resbaladiza; José, á la derecha hay un hoyo; José, ¿se han aflojado las cinchas?

Élia los precedia, más alegre que el sol. Se entretenia en llenar su falda de flores y de plantas, que á medida que las iba pidiendo, las iba cortando el borriquero.

—Mira,—le dijo á Cárlos, que se desviaba poco de su lado,—parezco un incensario; ¡tanta es la fragancia de las yerbas! Esta es almoradux; ésta, yerbabuena silvestre; ésta, mejorana. ¿Sabes por qué se llama así?

—¿Lo sabes acaso tú?—respondió Cárlos riéndose.

—Sí que lo sé,—respondió Élia.—Un dia fueron à coger yerbas San Joaquin y Santa Ana. Encontró la Santa ésta, y le dijo á su marido: «Joaquin, ésta es yerba buena»; pero el Santo, que habia cogido esta otra, le contestó: «ésta es mejor, Ana».

—Buenas serán, Élia, —contestó Cárlos; —pero harto más me gusta esa hermosa rosa encarnada que llevas en la cabeza debajo de tu toca de muselina, y con la que estás aún más bonita que otros dias. Estás tan bella hoy, y el campo tan hermoso, que no sé si es el campo el que te hermosea, ó tú quien embelleces al campo.

—Esta rosa es de Jericó, —dijo Élia, que atendió al elogio de la rosa, y pasó sencillamente por alto el suyo.—¿Sabes por qué tienen este color tan soberano? Estaba un rosal al pié de la Cruz, cuyas rosas eran blancas; cayó una gota de la preciosa sangre del Señor sobre una rosa, y les dió ese divino color.

—¡Qué Salmigondis de temporal y eterno!—exclamó el señor Delgado, cuyo borrico, que era compañero de cuadra del de Élia, se habia ido insensiblemente acercando.—¡Que modo de inventar absurdos! ¿A qué han de leer ni instruirse estas gentes? ¿A qué traducir á Pestalozzi, fundar enseñanza mutua, establecer escuelas gratuitas, si tienen sus crónicas, etimologías y creencias en coplas, flores, romances y cuentos? ¿Cómo han de llamarse así esas yerbas, por ese motivo, si Santa Ana y San Joaquin no hablaban español?

—¡Que no hablaban español!—dijo Élia atónita.—¿Pues qué hablaban? ¿Frances... como usted?

-No, señorita; hablaban hebreo, no se le olvide

á usted; que eso es más útil que creer absurdos como el que le contaba usted muy séria ayer á Cárlos deshojando una rosa de Pasion: que todos los utensilios de la Pasion se hallaban en ella. ¿Púes no es una chocante irreverencia poner tales cosas en flores?

—Nosotros no las ponemos,—contestó Élia;— Dios las ha puesto para patentizarlas ó recordarlas, ó bien las flores lo habrán hecho por sí, por honrar al Criador.

—Vaya, vaya, señorita, no hable usted disparates,—repuso con impaciencia D. Narciso.—¿Acaso las flores tienen voluntad propia? ¿Y acaso Dios se habia de divertir en poner sentido en miserables plantas que comen los burros? Reflexione y raciocine usted un poco...

En este instante tropezó el borrico del señor Delgado, el que, estando descuidado en el fuego de su discurso, cayó de narices, y quedó aplastado como una rana.

—¡Maldito sea—decia levantándose y sacudiendo el polvo de su vestido en medio de la risa general—el modo de divertirse aquí, en el campo! Esto es más que vulgar, más que primitivo; es villano!

—Eso es—dijo Cárlos—para castigar à usted de tirar cañonazos contra mariposas posadas sobre los labios de Élia como sobre una rosa.

Don Narciso se quedó atras de todos, de muy mal talante.

-Señor,-dijo al cabo de un rato el borrique-

ro,—¿no ha visto su mercé las haciendas de por aqui? Ninguna hay como la del Romeral; trescientas aranzadas bajo una linde; olivar todo nuevo y esquilmeño, sin una marra; un caserío que parece un convento; en todo el término...

—Hágame usted el favor de callarse,—dijo interrumpiéndole el señor Delgado;—cada hombre sensato necesita algunas horas del dia para pensar; esto estoy haciendo, y me importunais con vuestra conversacion. Nada os he preguntado. ¿Qué me importan á mí haciendas que no son mias?

El pobre borriquero volvió los ojos con harta envidia hácia el borriquero de la Asistenta, de la gran señora tan encopetada y poderosa, que le iba preguntando por sus hijos y por su pegujar.

-¡Qué pronto-dijo para si-se dan á conocer

el que es algo y el que no es nada!

Cerraban la borricada Pedro y María con las bestias que llevaban las provisiones. Iba Pedro en un caballo que á fuerza de años y trabajo se habia quedado en la espina.

—Se le olvidaron à usted los palillos de dientes,—le iba diciendo María.—¡Tiene usted la memo-

ria como una zaranda!

—Y usted que la tiene como una alcancía,—repuso el mayordomo,—¿por qué no se acordó?

—No hacen falta,—dijo D. Narciso, que habiéndose quedado atras, se habia incorporado á ellos.— En Inglaterra no se gastan; es de mal tono y poco aseado escarbarse los dientes en sociedad. Ademas, dicen, y con razon, que eso descarna la dentadura.

—¡Espantábame yo—murmuró María entre dientes—que no hubiese salido todavía la *Ingalaterra!*

—Pedro, — preguntó D. Narciso, — ¿ha cuidado usted del vino de Valdepéñas? Sabe usted que á falta de Burdeos, es lo único que bebo.

-Sí señor, -respondió Pedro, -ahí viene.

—Lo que es para el vino no le falta la memoria à Pedro,—gruñó María.

—Por de contado, —repuso Pedro, que la oyó; — porque sepa usted que siempre se ha dicho: ¡agua en los trigos, vino en los hombres, palo en las mujeres!

—Clara,—decia Cárlos, que se habia acercado á su prima, señalando hácia el grupo de la retaguardia,—àpor qué se ve hoy la extraña anomalía de haber cambiado de cabalgadura D. Quijote y Sancho?

CAPITULO X.

Habíanse internado en los olivares, y penetraba ya por entre las oscuras hojas de los olivos la nívea blancura de las paredes de la hacienda del Romeral, enjalbegadas para dar alegremente la bienvenida á su ama. Al frente de la puerta del gran caserío se veia un enorme moral, como otro edificio vegetal levantado por la mano del Tiempo. En su tronco se apoyaba un arado; en sus ramas colgaban una escopeta y una guitarra; á su sombra estaba sentado un hombre robusto de semblante animado y enérgico, que se conocia estaba dispuesto á hacer, segun las circunstancias, uso de cualquiera de los tres.

Vino éste diligente al encuentro de los señores, miéntras una mujer aseada y de cara alegre se apresuraba á abrir de par en par la puerta.